

El Virrey Pedro de Toledo y la Entrada de Carlos V en Nápoles

por Carlos José Hernando Sánchez

El análisis de la fiesta cortesana como práctica del poder en la Edad Moderna ha sido objeto de notables estudios tanto en España e Italia como en el ámbito general europeo¹. En estas celebraciones confluyen complejos motivos e intereses sociales, políticos e ideológicos que las convierten en un punto de observación privilegiado para el historiador. En la primera mitad del siglo XVI aún no se ha llegado, sin embargo, al grado de desarrollo e institucionalización del ritual festivo que se alcanzará en el Barroco. Las distintas celebraciones —a excepción de las religiosas— poseen aún una espontaneidad que acabará desapareciendo conforme el poder recurra a ellas de forma más directa y continuada. Pese a todo, es ahora cuando aparecen muchos de los elementos que la Contrarreforma llevará más tarde a su plenitud².

Desde esta perspectiva debemos abordar la entrada Carlos V en Nápoles en 1535 como uno de los acontecimientos decisivos del largo virreinato de Pedro Alvarez de Toledo (1532-1553), II marqués de Villafranca, bajo el cual se produce una renovación del Estado y la cultura napolitanos según los criterios del naciente absolutismo. Nombrado por el Emperador con la misión explícita de reorganizar el país tras un largo período de inestabilidad, su gobierno va a acometer desde el primer momento una serie de exhaustivas reformas en todos los campos, desde la administración y la justicia hasta la defensa interior y externa y la apertura a las corrientes artísticas y literarias más «vanguardistas» de la época —de lo que es buena muestra su protección a Garcilaso de la Vega y a Luigi Tansillo—. Al mismo tiempo, como hijo del II duque de Alba y tío por tanto del III, Don Fernando, el Virrey encabeza la inserción de los intereses de esa gran casa castellana en el ámbito italiano, labor que continuará su hijo Don García como virrey de Sicilia bajo Felipe II³. El virreinato de Villafranca es, por todo ello, un nudo esencial en las relaciones entre España e Italia en el Renacimiento y la máxima expresión de esa sociedad

¹ Vid. JACQUOT, J. (a cargo de): *Fêtes et cérémonies au temps de Charles Quint*, París, 1960.

² Vid. BONET, A.: «La fiesta barroca como práctica del poder», *Diwan: especial barroco*, 1979.

³ Vid. MICCIO, S.: «Vita di D. Pietro di Toledo», *Archivio Storico Italiano*, Florencia, 1842, pp. 1-104; PARRINO, D. A.: *Teatro eroico e politico dei Vicerè del regno di Napoli*, t. I, Nápoles, 1692; DEL MORAL, J. M.: *El virrey Pedro de Toledo y la guerra contra el turco*, Madrid, 1966 y MALTBY, W.: *El gran duque de Alba*, Madrid, 1985, pp. 95-101.

«hispano-napolitana» de la que ya habló B. Croce⁴. En este marco, resultan indisociables las trayectorias política y cultural del Estado, directamente influenciadas por los intereses y gustos tanto de Don Pedro como de la corte imperial. Así lo atestiguan el Inventario de los bienes del Virrey, realizado a su muerte —con una extensa relación de su biblioteca—⁵ y la amplia correspondencia mantenida con el Emperador y sus principales ministros dentro y fuera de Italia⁶. Precisamente en estas cartas cobra especial importancia el enfrentamiento con los privilegios feudales de la nobleza local, que alcanzará uno de los momentos de mayor gravedad durante la visita del Emperador. No debe sorprender, por tanto, que algunas de las claves ideológicas y políticas del gobierno de Villafranca puedan encontrarse en la organización de la entrada imperial.

La instrumentalización a que el poder somete todo espectáculo o conmemoración nos permite hablar, en éste al igual que en otros casos mejor estudiados, de una cultura propia de la monarquía absoluta⁷. Para explicarla, diversos autores como J. Jacquot⁸ o R. Alewyn⁹ han señalado las diferencias existentes entre la fiesta renacentista y los espectáculos medievales —a los que ya se acercó Huyzinga—¹⁰, tanto en sus aspectos religiosos como cortesanos. En este sentido, hay que destacar el importante papel que ocupa en las celebraciones del Quinientos la presencia de elementos caballerescos renovados, lo que, en el caso de Nápoles, puede ponerse en relación con otros aspectos significativos de la cultura cortesana impulsada por Don Pedro de Toledo. Es el caso, por ejemplo, del torneo, que de combate entre iguales pasa a convertirse en espectáculo para la presentación heroica del rey —o de su máximo representante—. Hay, incluso, un intercambio de actitudes entre el torneo como combate ideal y estilizado y la guerra como realidad táctica y racionalmente dirigida. Uno y otro, la guerra como torneo y ambos como manifestación de la grandeza del poder, confluyen en Nápoles durante los preparativos y la celebración posterior de la campaña de Túnez en 1535¹¹.

Para una valoración detallada de este proceso habría que analizar en profundidad los mecanismos de consecución de objetivos ideológicos por parte

⁴ Vid. *España en la vida italiana durante el Renacimiento*, Madrid, 1925.

⁵ *Inventario de los bienes del marqués de Villafranca*, A.H.N., Secc. Osuna, leg. 425, n.º 3.

⁶ Una gran parte de la documentación del Archivo de Simancas ha sido publicada por CONIGLIO, G.: *Il vicereame di Pietro di Toledo*, Nápoles, 1984.

⁷ Vid. BONET, art. cit.

⁸ *Op. cit.*

⁹ *L'univers du Baroque*, 1964.

¹⁰ *El Otoño de la Edad Media*, Madrid, 1982.

¹¹ Las justas y torneos fueron prácticamente continuos durante toda la estancia del Emperador, como demuestran las crónicas de ROSSO, G.: *Historia delle cose di Napoli sotto l'impero di Carlo V*, Nápoles, 1635 y CASTALDO, A.: *Historia delle cose occorse in Napoli nel tempo che fu vicerè D. Pietro di Toledo* (incluye un apéndice en castellano sobre la «Vida de Don Pedro de Toledo»), B.N.M., Ms. 2986 y *Progressi et ingresso dell'imperatore Carlo Quinto nel Regno e città di Napoli*, id., hojas 131-167.

del Estado, la instrumentalización a que somete las diversas manifestaciones artísticas y el distinto uso que de esos criterios se hace en los territorios del Imperio de Carlos V. De cualquier forma, parece indudable que en este ámbito cristaliza muy pronto un ceremonial específico ligado a la dinastía habsbúrguica¹². En España, la clásica obra de Alenda y Mira sobre las «Solemnidades y fiestas públicas»¹³ nos ofrece un amplio muestrario de este tipo de manifestaciones. Por lo que respecta a Nápoles, sería necesario estudiar exhaustivamente los libros aparecidos en ese período con motivo de distintos acontecimientos. Por ahora, nos limitaremos a hacer algunas consideraciones en función de las descripciones de cronistas contemporáneos a los hechos, como Rosso o Castaldo, insistiendo en su significado político¹⁴ y en su relación con la mentalidad y los intereses concretos del virrey Toledo.

La entrada triunfal es, ante todo, un espectáculo urbano en el que se unen la corte y el pueblo para celebrar al poder. Sobre esta base sociológica se produce una asimilación de elementos oficiales y espontáneos, locales y cosmopolitas, tanto en las ceremonias como en las decoraciones efímeras. Una nota característica de las relaciones contemporáneas de la visita de Carlos V es la multitud de los espectadores: «Toda la ciudad», según Castaldo, estaba en Puerta Capuana para ver entrar al Emperador y, a lo largo del recorrido, la muchedumbre se agolpaba en calles y ventanas¹⁵. Pero el griterío de estas masas heterogéneas y ansiosas de espectáculo se ve pronto apagado por los disparos de los cañones y los fuegos artificiales¹⁶; se trata de demostrar, ante todo el pueblo reunido, el poder indiscutible del Estado y del Soberano. Al mismo tiempo, la alegría popular, el bullicio, se ven contrarrestados por la solemnidad del ritual de la Entrada y el desfile; los cánticos y trompetas imprimen a éste un ritmo procesional y sacralizador. En realidad, la comitiva es, por sí misma, una alegoría de la sociedad tal y como el Estado quiere que esté organizada: ella vertebraba los festejos y, en el «triumfo», consagra la unión entre el poder y la ciudad que, en este caso, asume la representación de todo el reino. En ella participan todos los grupos sociales del «ordo» establecido: nobles, clérigos y gremios artesanales tienen su lugar asignado y en él exhiben los trajes y las insignias que los diferencian de los demás y expresan sus privilegios. Un testigo presencial de la entrada imperial, el conde Maffei, diplomático de Mantua, resalta el hecho de que todas las clases han competido en costear los festejos, en «spendere più honorata pomposamente che hanno potuto»¹⁷.

¹² Vid. JACQUOT, *op. cit.*

¹³ Madrid, 1924.

¹⁴ Vid. nota 11.

¹⁵ CASTALDO, *op. cit.*, fol. 58.

¹⁶ *Id.*, fol. 60.

¹⁷ Cit. por CONIGLIO, «Note sulla società napoletana al tempo di D. Pietro di Toledo», *Studi in onore di Riccardo Filangieri*, vol. II, p. 348.

La nobleza parece haber sido, sin embargo, la principal responsable de la financiación, hasta el punto de que diversos cronistas afirman que la permanencia del Emperador por más tiempo en la capital habría supuesto la ruina de muchos de los magnates¹⁸. La ciudad, en efecto, organiza el festejo a través de sus instituciones municipales, pero son los nobles quienes lo completan con continuas fiestas privadas en las que rivalizan en las demostraciones de lujo y despilfarro, haciendo de toda la estancia del Monarca, y no sólo de su Entrada, un permanente «Triunfo»¹⁹. La presencia del Soberano actúa como factor de integración: el propio Carlos V hablaba de «la chaleur de ma présance»²⁰. Pero, en 1535 esta explicación ideológica tiene unas implicaciones políticas más precisas; su presencia en Nápoles corona una campaña militar como la de Túnez, emprendida esencialmente, como señaló Jover²¹, para satisfacer los intereses de aquel reino, frente a la opinión española favorable a que el objetivo de la acción fuera Argel. Por ello, es lógico que la entrada en la capital partenopea adquiriera un protagonismo especial en el largo recorrido triunfal del Emperador por Italia. Pero la visita de éste tiene también un contenido de «política interior» vital para el desarrollo del virreinato de Pedro de Toledo en todos los aspectos, tanto culturales como políticos.

En primer lugar, la presencia de embajadores de todos los Estados italianos hace de Nápoles el centro político y diplomático de Italia en los momentos preliminares a la tercera guerra con Francia. Esta circunstancia es aprovechada por algunos funcionarios del gobierno virreinal, como Bernardino Martinaro o Juan Bautista Pino, para ensalzar el papel preponderante del reino meridional en el conjunto de Italia²². Al mismo tiempo Toledo ve ratificada su autoridad tras haber superado los tres años legales de su mandato. El 4 de agosto escribe al Emperador:

«Solamente por aviso como se cumple el tiempo deste mi cargo a las quatro deste mes de septiembre y que desta y adelante ni podría entender en cosa ninguna de su servicio sin nueva orden suya para que mande proveer en ello con brevedad y como conviene a su servicio...»²³.

Tras solicitar su confirmación como virrey, Don Pedro expone, en la misma carta, los planes para el recibimiento triunfal:

«Esta ciudad —dice— quiere hazer grandes demostraciones en la venida de su Mt. y para ello han praticado que viniendo su Mt. con tal victoria en este reyno es razon se le haga un Carro Triunfal para

¹⁸ CASTALDO, *op. cit.*, fol. 65.

¹⁹ *Id.*

²⁰ Cit. por MARAVALL, J. A.: *Estado moderno y mentalidad social*, Madrid, 1972, t. I, p. 98.

²¹ Vid. *Carlos V y los españoles*, Madrid, 1963, pp. 246-275.

²² MARTINARO, B.: *Aretusa* y PINO, G. B.: *Il Triompho di Carlo V*, Nápoles, 1535.

²³ AGS, Secc. Estado, Nápoles, leg. 1017, fol. 42.

que entrasse en el en esta ciudad con triunfo y aunque me lo han comunicado no me he querido resolver con ellos en cosa ninguna hasta hazello saber a V. Mt.»²⁴.

Este proyecto de carro triunfal, que seguramente pretendía entroncar con el precedente de la entrada de Alfonso V, no llegó, sin embargo, a realizarse. Pero la transmisión de esta idea por parte del mismo Virrey nos informa sobre quiénes planearon las medidas que las autoridades españolas se limitaban a ratificar. Es la «Ciudad», es decir, su oligarquía, quien realiza los programas que humanistas y artistas se encargan de llevar a la práctica en lo que concierne, respectivamente, a la iconografía y la decoración. Así, Dominicus, al relatar la vida del gran «agente» artístico de Pedro de Toledo, Giovanni da Nola, nos dice que:

«Fu ordinato dagli Eletti della Città gli apparati necessari per ricevere così glorioso loro Monarca, acciochè non fusse preparamento che non fusse tutto magnificenza e ricchezza...»²⁵.

Con el fin de asegurar el sentido unitario de todo el programa el propio Giovanni da Nola fue nombrado, según el mismo autor, «Architetto di tutto l'apparato»²⁶ y se designó como ayudante al otro gran constructor de las empresas virreinales, Fernando Manlio. Parrino, uno de los biógrafos del Virrey, afirma que:

«L'apparecchio fu maestoso: le machine, gli archi trionfali, le statue, l'inscrizioni, e geroglifici e sopra tutto l'allegrezza del Popolo fu infinita e tale che molto più facilmente del pensiero può figurarsi che descriversi dalla penna. Bastarà dire, che l'architettura, il pennello, lo scalpello, l'invenzione, la Rettorica, la Poesia e quanto hanno di bello le Scienze, e l'Arti, fu tutto abbondantemente impiegato per celebrare le vittorie ed innalzare le lodi di questo Augusto Monarca»²⁷.

Esta integración de las artes, atestiguada por una obra como la de Parrino, más de cien años posterior a los hechos, demuestra claramente el interés de las autoridades por que todas las facetas de la cultura se pusieran al servicio de la propaganda, al tiempo que se adoptaban diversas medidas urbanísticas y de orden público. Así, Gregorio Rosso nos informa de que, entre los preparativos para la llegada del Emperador: «si cominciaro à levare le felice, che erano per la strade de Napoli, se cominciaro à mettere li mattoni»²⁸. La recepción del Monarca exigía que ningún detalle quedara descuidado para satisfacer la expectación recogida por el mismo Rosso:

²⁴ *Id.*

²⁵ *Vite dei pittori, scultori e architetti napolitani*, Nápoles, 1742-43, p. 12.

²⁶ *Id.*

²⁷ PARRINO, *op. cit.*, pp. 159-160.

²⁸ ROSSO, *op. cit.*, p. 105.

«Dopo la presa de Tunisi —afirma— se publicó che l'Imperatore veniva à Napoli: e ogn'uno così in publico, come in privato, se apparecchiò à riceverlo con la maggiore demonstratione di allegrezza che posseva»²⁹.

Pero si la Ciudad pretendía dejar patente su fidelidad con un alarde de ingenio y magnificencia, el Virrey deseaba, por su parte, que las ceremonias se convirtieran en una glorificación, no sólo del victorioso Carlos V, sino del régimen virreinal por él representado. Para ello, procurará que se guarde una estricta etiqueta en todos los actos, como máximo reflejo de la permanencia del orden social y del propio poder. Así, a petición del Emperador, Don Pedro envía a éste, antes de la Entrada, una «Relación sobre el tratamiento de los grandes y varones de este reino» donde insiste en la necesidad de atenerse al ceremonial empleado por Fernando el Católico durante su visita en 1506. Tras afirmar que

«me he informado de los mas antiguos del consejo colateral y de otras personas que tienen bien la spriencia desto»

el Virrey expone el orden en que deben desfilar los miembros del cortejo y resalta el valor conferido a su apariencia externa:

«Ha de salir la procesión con todas las ordenes vestidos de las mejores vestiduras que tuviesen para que parezcan mejor...»³⁰.

La relación nos proporciona además otro dato políticamente significativo, ya que propone que sea el duque de Alba quien, junto al conde de Benavente, es decir, sus parientes más próximos en el séquito imperial, se encarguen de presidir la representación española,

«juntamente entremetidos con las personas de los siete oficios deste reyno, porque parece ser oi el su lugar»³¹.

De esta forma, la nobleza local debería aceptar la participación de los castellanos incluso en una ceremonia de tan gran valor simbólico como la recepción de su soberano, al tiempo que el Virrey reforzaba su posición con la presencia de su sobrino, como ya había apuntado un miembro del séquito imperial, el conde de Nieva, cuando, poco antes de la llegada del Emperador a Nápoles, se dirigía al Condestable de Castilla afirmando:

«El marqués de Aguilar y yo somos los que quedamos, y tambien el duque de Alba, porque el Virrey de Nápoles creo que holgará de tener un sobrino Duque donde él estuviere»³².

²⁹ *Id.*, p. 110.

³⁰ AGS, Secc. Estado, Nápoles, leg. 121, fol. 187. En el mismo legajo se encuentra una «Razón de los siete oficios del reyno y de los títulos que tienen los cuales no tienen voz en parlamento general y los tres se sientan a mano derecha» (fol. 183). Se trata de un documento que el Virrey dirige también al Emperador para informarle de la forma en que el rey Fernando el Católico recibía a las distintas autoridades del reino.

³¹ AGS, Secc. Estado, Nápoles, leg. 121, fol. 187.

³² Carta fechada en Palermo, el 6 de septiembre de 1535, *CDOIN*, t. XIV, p. 428.

Más allá de una mera cuestión de protocolo, estos datos atestiguan el especial significado político que para el virrey Toledo tenía la Entrada de Carlos V y arrojan nueva luz sobre las descripciones ya conocidas de los cronistas Gregorio Rosso y Antonio Castaldo, centradas, respectivamente, en la descripción del desfile y de los aparatos contruidos al efecto. Una investigación más amplia debería estudiar detenidamente estos últimos aspectos que, por su extensión y complejidad de implicaciones artísticas y literarias, rebasan los límites del presente trabajo³³.

³³ Para la formulación heroica y clasicista de la imagen imperial con motivo de la visita a Italia que siguió a la campaña de Túnez, vid., CHECA, F.: *Carlos V y la imagen del héroe en el Renacimiento*, Madrid, 1987, pp. 86-108.